

Walter Fielding

La tibieza

Thou hast described a hot friend cooling.
—JULIO CÉSAR, IV, ii

Introducción

Sin duda alguna, William Shakespeare es uno de los más grandes intérpretes del alma humana que nos ha legado la literatura. Un eximio conocedor de sus debilidades y virtudes: de su realidad, realidad en la que ha escarbado con una maestría insondable.

Shakespeare ha dicho todo sobre la psique humana, y casi todo en casi toda su obra podemos encontrarlo. Si bien ella es un muestrario de inacabables posibilidades, paradójicamente, cuanto más se estudia la misma, más puede darse uno cuenta de que todas estas manifestaciones, que parecen desarmarse en incontenibles posibilidades, terminan agrupándose en un reducido número de tópicos básicos. Así como San Agustín pudo resumir todo el fin y el actuar del hombre, en la frase «Ama y haz lo que quieras» Shakespeare nos ha dado un vasto conocimiento del alma humana valiéndose de sus recurrentes tópicos. Tópicos éstos que, como la citada frase de San Agustín, nos remiten a un universo de ideas, posibilidades, y al mismo tiempo, en una definida dirección hacia un inequívoco conocimiento.

Dentro de este océano de posibilidades, hemos anclado en el tema de la «tibieza». Veremos la tibieza como metáfora de la inseguridad humana, de su carencia de identidad; nos ocuparemos principalmente (de los manipulados. Haremos una breve, mención del terna de la debatida irresolución de Hamlet; luego analizaremos diferentes argumentos al respecto y, si es que podemos considerarlo un indeciso, veremos si como tal puede ser denominado «tibio». Por último, examinaremos actitudes en personajes que demuestran atributos de gran valentía a lo largo de, sus respectivas obras.

En la conclusión buscaremos reagrupar las ideas desarrolladas a lo largo del trabajo e intentaremos reflexionar acerca de los conceptos que William Shakespeare tuvo al respecto, y de las posibilida-

des estilísticas que puede proveernos como recurso literario.

Concepto de «tibieza»

Apenas cruzadas las puertas del infierno pero sin llegar a éste, inconmensurablemente lejos del cielo, gritando, dolidos, en un lugar neutro y apagado, sin brillo alguno; allí Dante ubica a los «tibios». de quienes dice que *la los cieca vita è tanto bassa/che 'invidiosi son d'ogn'altra sorte.*¹ A los tibios nadie los quiere, son despreciados por el cielo y el infierno. Pero recorriendo el curso de nuestras vidas, nadie puede negar que ha incurrido en dicha actitud innumerables veces.

Somos tibios porque no somos perfectos. Estamos llenos de temores e inseguridades, y esto nos lleva a dudar de nosotros mismos y llegar hasta traicionar nuestros valores y nuestras creencias más profundas. De estas tibiezas hablaremos en este escrito, que son las tibiezas humanas, las de todos nosotros. Los tibios que nos muestra Dante no parecen formar parte del universo shakesperiano, puesto que en éste nadie deja de, ser humano y por tanto, de tener pasiones y, equivocadas o no, ganas de algo, una búsqueda al fin; los tibios que nos muestra el florentino pertenecen a otra esfera, a un estereotipo válido para su *commedia*, pero pobre para una obra de William Shakespeare, quien en este caso tiene una actitud mucho más benévola, caritativa, «cristiana» podríamos decir, que el cuasi santo Dante, tan afin a sus juicios y determinaciones no propios de quien se precie de apelativo tal.

Tibio, a nuestro entender, no es solamente aquel que se queda en el medio sin comprometerse; tibio es también el mediocre que se conforma con poco y no se arriesga más; que entrega su vida a decisiones externas. En definitiva, quien no se, hace cargo de su existencia. Por esto es que decimos que un mismo tema puede tener variadísimas expre-

¹ «Su ciega vida es tan despreciable, que envidian cualquier otra suerte» (*Infierno*, III, 47-48).

siones y que el análisis de las actitudes de los humanos adquiere riqueza por lo que nos proponen.

La cita que corona el presente trabajo consideramos ilustra de la manera más perfecta esta actitud de «tibieza» en el hombre. Lo hace con el dolor que le causa a Bruto reconocer las flaquezas de su compañero y amigo, Casio, un hombre golpeado por un entorno que parece hacerle olvidar sus primeras convicciones. Un héroe estoico como Bruto, quien antepone sus ideales a todo, y a quien le cuesta entender las flaquezas de un *hot friend* que se entibia. Agregamos que esta tibieza en Casio es simplemente un rapto, como dijimos anteriormente, como nos pasa a todos frente al miedo; aquí se ve lo humano del personaje, un hombre que ha tenido el coraje para cambiar la historia del imperio más grande que han conocido los siglos, quien ha asesinado a, quizá, el general más potente de la historia, un hombre que tiene dudas, miedos, y a quien, de a ratos, se le apaga el fuego.

Los manipulados

Como anticipamos, el primer escalón de nuestro trabajo será analizar el caso de los «tibios por manipulación». En este grupo incluiremos a aquellos personajes que parecen tener, al menos en algunos momentos, una total falta de identidad, personajes que cambian de parecer casi grotescamente. Las acciones de estos personajes pasarán a depender de quien actúe sobre ellos, lo que llevará a desligarlos, en cierto modo aparente, de sus responsabilidades.

Nos preguntamos si no es más fácil acaso aparecer como un débil de mente y dejar las decisiones a una segunda persona, la cual quedaría como la verdadera culpable. ¿Cuántos habrá que desprecien más a Lady Macbeth que a Macbeth mismo? Y estamos hablando de un soldado eximio, que no ha



dudado en ningún momento frente a centenares de enemigo. Y luego de matar al rey, a Banquo y a quien se interpusiese en su camino, ¿nos queda la idea de que al fin él no es tan culpable, que actuó presionado, manipulado por su mujer,

él, el gran general?. Hay algo que parece no ser justo, o al menos llamativo; el juicio no es propio de los hombres, por lo que nos limitaremos a plantear aquellas preguntas.

Uno de los casos más significativos de este grupo es el del pueblo de Roma. Un pueblo que, ante el discurso de Bruto, queda convencido del mal que les hubiese traído Julio César y de la grandeza de Bruto, un pueblo que pide el cadáver para casi comérselo con saña. Un pueblo que, acto seguido, escucha el discurso del hábil Marco Antonio y termina despreciando al hombre que poco antes había vitoreado y dando inconsolables loas a quien, tan poco antes, era sólo objeto de odio. Un pueblo que cambia su parecer casi sin un grado de reflexión o siquiera movido por pasiones reales, ya que las pasiones que los mueven no nacen de ellos, sino que les son impuestas sin trabajo alguno por personajes que sí utilizan sus potencias. Un pueblo que entrega su destino al mejor orador. Mucho nos da para pensar sobre el concepto que pudo haber tenido Shakespeare de las masas.

Citaremos aquí como casi burda la actuación de Casca en II, i, cuando dice con firmeza que se debe incluir a Cicerón en su conjura, y luego de simplemente tres líneas de desaprobación al respecto por parte de Bruto, y una de Casio, dice, con la misma intensidad que antes: *indeed he is not fit*.

Por último en este grupo, nos gustaría hacer una mención del caso de Otello, el manipulado por excelencia. Nos atreveremos a decir que es un tibio sin seguridad en sí mismo, pues de lo contrario, si él hubiera creído en que se merecía a una de las más grandes mujeres que nos ha brindado la literatura, se hubiese tomado tiempo para corroborar los dichos del demoníaco Yago. Nos es imposible creer que demonio alguno sea capaz de quitarnos la libertad de dar una oportunidad a quien creemos equivocado, o de brindar el perdón.

El tema de Hamlet

En la introducción anticipamos que trataríamos este punto. Aclararemos que el fin de este apartado será remitirnos a la idea de «indecisión tibia». Diremos entonces que la «indecisión tibia» es aquella que es usada como una excusa para no tomar una decisión. Los indecisos que caen en la tibieza

serán aquéllos que se paren en ese estado intermedio por el simple hecho de no atreverse a tomar una elección cuando en el fondo de sus corazones bien conocen cuál es el camino que deben seguir.

Si hablamos de indecisión, desde cualquier lugar de la literatura nos remitirían a Hamlet, sin duda alguna. Personaje que ha trascendido toda frontera y se ha instalado en la mente de casi todo ser humano, conozca éste o no algo de este universo. Partiendo de la base de que Hamlet es un misterio, y no un enigma, debemos conceder que sólo podemos enunciar conjeturas, las cuales el texto nos permitirá corroborar o rebatir, brindándonos infinitas lecturas.

Sobre la irresolución en el príncipe de Dinamarca, Salvador de Madariaga, en su mentada edición de dicha obra, nos dice claramente: «comencemos por eliminar algunos de los errores más comunes en el vulgo culto [...] Hamlet no es irresoluto».² Justifica su sentencia al respecto basándose en sus acciones, remarca su determinación frente al cuerpo de Polonio o ante Rosencrantz y Guildenstern; dirá que, en cuanto a su venganza «vacila pero no se niega» (cuestión en la que parece contradecirse al decir luego que «Hamlet, en espíritu y en intención, no venga a su padre, se venga a sí mismo»)³ Benedetto Croce, en su libro *Shakespeare*, dice que consume su venganza «casi por casualidad», y agrega que «su vida ha sido abandonada por él al azar».⁴ Si aceptamos esta sentencia, debemos creer que Hamlet termina por ser un tibio, puesto que, como hemos visto, tibio es aquel que no se juega y se entrega al fluir del destino sin pelear por mejorar su curso. Por nuestra parte agregaremos que su «cuasi nula irresolución», como nos quiere marcar Salvador de Madariaga, de algún modo provoca muerte de su madre, de Polonio y de sí mismo, por lo que dicha «circunstancia», ese «vacilar», termina siendo fundamental en la obra.

En definitiva, cada uno opinará hasta qué punto

considera que Hamlet es un irresoluto. Quizá, no podamos decir esto de él y por tanto no podríamos decir que es un tibio (mote que no concordaría con las actitudes citadas por Madariaga). Quizá no sea su caso el de un romántico perdido en su universo filosófico que escapa de la realidad (actitud que caracteriza al mediocre tibio). Quizá, repito, como remarca Madariaga no sea un irresoluto, pero entonces es un egoísta (hecho que bien puede ser considerado, si no como tibieza, al menos como cobardía) que no es utilizado por las circunstancias, sino al contrario, que se vale de éstas con total conocimiento, como habría hecho con la locura.

Dos casos

En este punto analizaremos ciertas actitudes manifiestas en, por un lado, Marco Antonio, y, por el otro, los jóvenes atenienses en *Sueño de una noche de verano*. Hemos decidido tratarlos aparte por la particularidad de sus casos, ya que ambos han demostrado gran firmeza en sus acciones.

Marco Antonio, más allá de las diferentes críticas que puedan hacerse a su persona, es un general victorioso, es un hombre que logra revertir el curso de los hechos en *Julio César*, que se para frente a todos en virtud de su voluptuosidad,⁵ para con Cleopatra. Y sin embargo aventuraremos que muere como un tibio, y así es porque elige serlo y termina sucumbiendo hasta ser derrotado por Cleopatra; y remarcaremos que es un tibio porque de ningún modo creemos que por ella elige la mediocridad, sino por el facilismo, el lujo y la lascivia: y fragilidades tales son propias de los débiles, tibios que anteponen supuestos bienes efímeros a un bien superior.

El segundo caso que trataremos es el de los jóvenes atenienses. Estos jóvenes se aventuran en el bosque en busca de sus amados, en contra de la sociedad y de todas las adversidades como un canto al amor. Estos son los mismos que cambian sus tan «inmortales» parejas en el curso de una noche a causa del simple contacto con una flor supuestamente mágica manejada por un caprichoso duende. Al respecto se nos plantean tres respuestas posibles: o Shakespeare no creía en el verdadero amor o nos consideraba a los humanos (o al menos a los jóvenes) presos de caprichos sobre los que

² Madariaga, Salvador de, *El «Hamlet» de Shakespeare*, Buenos Aires, Sudamericana, 1978, p. 35.

³ Op. cit., p. 183.

⁴ Croce, Benedetto, *Shakespeare*, Buenos Aires, Ed. Escuela, 1965, p. 129.

no tenemos decisión, lo que nos dejaría como juguetes sin capacidad de elección frente a ignotos dioses; o estos jóvenes sentían tibios amores.

Conclusión

Luego de haber hecho un pequeño viaje por diversas obras de nuestro autor, escuchado a diferentes críticos, esbozado ideas y propuesto algunos puntos de vista, hemos llegado al final de nuestro estudio. Si bien ya hemos tratado cada caso analizado en particular, buscaremos en esta conclusión reagrupar las ideas, responder a cuestiones que pudieron quedar inconclusas y esbozar alguna razón en cuanto a las ideas de Shakespeare con respecto al tema visto. En primer lugar, como ya hemos repetido, el hombre, sin excepción, sufre flaquezas, y muchas de ellas se traducen en actitudes que bien podríamos llamar «tibias». Nuestro autor retrató al Hombre y allí está la principal razón por la que aparece dicho tema. Pero algo más profundo nos puede querer decir.

Pensemos en los casos analizados, como el del pueblo romano o el de Casca, en cuanto a su función dentro del texto. En el primer caso quizá quiera decirnos que el pueblo es débil, manipulable, pero no es ése el fin de Casca, puesto que no creemos que Shakespeare estuviera interesado en delinear a este personaje con tal profundidad, por lo tanto, el fin de dicha escena debió ser otro. Adoptaremos esta misma postura como alternativa para el caso del pueblo romano (sin desestimar la primera, claro). Nuestra opinión acerca del porqué de estas escenas es que el fin que buscaba nuestro autor no es el de definir personajes secundarios remarcando sus debilidades, sino el de enaltecer a los protagonistas, de remarcar la superioridad de los héroes por sobre el resto: una escena que sirve, por un lado, para demostrar la debilidad humana, pero principalmente para enfatizar la grandeza y el poder de sus protagonistas.

Hablar de Shakespeare sin hacer mención del tema del ser y el parecer parece ser una empresa imposible. ¿Y qué papel juega aquí la «tibieza» en sus diversas expresiones? En nuestra opinión aparece como un mal tan grande que puede poner en jaque a cualquier héroe; nadie está del todo cubierto frente a las mediocridades. Marco Antonio es enorme, pero sucumbe, en el ocaso de su vida, ante los aparentes

placeres que simboliza Cleopatra. Otelo es definido por todas las voces como una especie de semidiós y sin embargo cede a las insinuaciones en forma casi pueril; pero no es a causa de éste: la razón que lo hace caer es el germen de inseguridad sobre el que se asientan las palabras del maligno. Y Otelo es tibio porque, ante el ataque a sus más íntimos miedos, se aferra a lo que mejor conoce, que es la violencia. Bruto, en oposición, espera, analiza y actúa; posiblemente se equivoque y hasta llegue a plantearse esta posibilidad y tema entibiarse, pero sabe que puso lo mejor de sí al servicio de sus más altos ideales, enfrentándolos incluso con su amor hacia Julio César.

Consideramos que poco queda por decir, en este punto, acerca de Macbeth. Lo que nos queda de dicho análisis es alertarnos sobre ciertas realidades que la maestría de Shakespeare nos disfraza; no olvidar el análisis profundo antes de juzgar, de cualquier modo, a los personajes.

Sobre el caso de Hamlet, podríamos resumir: es un hombre resuelto frente a hechos consumados, en defensa propia, y lo es porque nunca deja de ser un gran príncipe y un hábil e inteligente guerrero; es un tibio si creemos que se dejó arrastrar por las situaciones sin enfrentarlas; es un tibio si creemos que no tiene el coraje para enfrentar lo que le toca en suerte, o al menos, un mediocre. Y si no creemos esto, entonces, como dice Madariaga, es un egoísta, actitud que puede verse como un acto de tibieza; es más fácil sumirse en uno mismo, lidiando con las grandes internas, en un lugar fantástico donde cada uno, al final, decide el color de la realidad, que enfrentarse a la misma y demostrar el verdadero coraje.

Humanos, por lo tanto imperfectos. Condicionados, golpeados y asustados por el mundo, pero libres. Hasta el más grande héroe puede caer en algún momento, pero hay menos héroes de lo que a veces imaginamos o queremos.

Bibliografía

- Alighieri, Dante, *Obras Completas*, Madrid, BAC, 1994
 Croce, Benedetto, *Shakespeare*, Buenos Aires, Ed. Escuela, 1965
 Madariaga, Salvador de, *El «Hamlet» de Shakespeare*, Buenos Aires, Sudamericana, 1978
 Shakespeare, William, *Complete Works*, Wordsworth, Hertfordshire, Shakespeare Head Press Oxford Edition